

Testigos de una época 3

Entrevista realizada a Juan Tito Méndez, en abril 2023, por la editora en jefe de la Revista Propuestas Críticas en Trabajo Social, en el marco de las actividades de la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado en Chile.

Cuéntame en ¿qué año estudiaste en la Universidad de Chile y cómo llegaste a trabajar a esta universidad?

Mi vida de estudiante y de profesional está absolutamente ligada a la Universidad de Chile. Desde siempre quise ser profesor, inicialmente quería ser profesor de primaria, en especial porque me apasionaba la literatura, por lo que quise ser profesor de castellano. Cuando postulé a la universidad, postulé a Castellano como primera prioridad y como segunda a Trabajo Social. Una de mis compañeras de liceo entró a la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile. Yo, al egresar del liceo tuve que salir a trabajar, pero un día la encontré y me dijo: “tú deberías estudiar Trabajo Social”.

Tuve algunas dudas y me dije “voy a postular a las dos cosas”. Quedé en Castellano y en Servicio Social y al final opté por Trabajo Social, Servicio Social. Hice la siguiente reflexión: yo quería estudiar castellano, pero para dedicarme a la literatura, quería escribir. Pero entré en cuestionamiento porque pensé “claro, pero si soy escritor me aíso de mi raíz proletaria, en cambio, si estudio Servicio Social voy a trabajar por mi clase y, además, en los ratos libres podré escribir”. Y eso me decidió por Servicio Social, de lo cual siempre he estado muy orgulloso.

Entonces, para entender el momento histórico ¿entraste a Servicio Social en qué año? después de un año de haber trabajado o estando trabajando?

Mi primera clase fue el 19 de marzo de 1966. Lo recuerdo de manera inolvidable porque fue el mismo día que nació mi hermano menor. En ese momento, en la carrera había como 400 chicas y como 12 o 13 estudiantes varones, de distintos cursos. En mi curso de primer año éramos 2, y posteriormente se incorporó otro chico. Éramos tres varones y más de 50 chicas. Me sentí de inmediato muy bien acogido; sentía que había llegado a mi casa, además, porque yo tenía una vocación política muy intensa. Estuve muy cerca de las Juventudes Comunistas, primero en el Liceo Darío Salas, y después, durante toda mi carrera. Solo milité al salir de la universidad, porque había hecho una promesa a mis padres, que “me titularía primero”, ya que para ellos era muy importante que fuera profesional.



Nos puedes contar ¿cómo era la formación en esos años?

La formación era durísima, recuerdo que teníamos clases todo el día, desde las 8:30 de la mañana hasta la 13:00 y desde las 14.30 hasta las 18:30. Incluyendo los días sábado desde las 9:00 a 2 de la tarde, donde se realizaban las ayudantías. Cada año teníamos más de doce asignaturas, que eran anuales y con exámenes formales. Fue bastante duro.

Además, me tocó vivir parte del proceso de reorientación profesional, que acá en Chile lo hicimos los estudiantes, a diferencia de Argentina y Brasil que lo dirigían los profesores. Recuerdo especialmente el Segundo Congreso Latinoamericano de Trabajo Social, que fue dirigido por estudiantes de la Universidad de Concepción. Y Manuel Rodríguez, un compañero socialista, marcó un hito en la historia del Trabajo Social, porque presentó una ponencia donde dio vuelta el trabajo social. Nosotros, en vez de hablar de reconceptualización, dijimos “no, lo que tiene que hacer el trabajo social es cambiar su filosofía”. Eso implicaba terminar con el paternalismo y transformarse en un verdadero agente de cambio.

Yo estaba en segundo año y recuerdo que eran discusiones muy activas con los compañeros de Talca, Temuco, Concepción y Valparaíso, por eso soy enfático en decir que el proceso de reconceptualización en Chile lo creamos y lo dirigimos los estudiantes. Por cierto, que los académicos empezaron a sumarse, algunos muy activamente y otros no tanto, por eso cuando vino el golpe nos pasaron la cuenta a quienes habíamos comenzado esta cuestión, y fue muy duro.

En el año 68 estaba la Reforma Universitaria, estamos hablando de un proceso de cambio en varios sentidos ¿cómo lo experimentaste?

Había que cambiar las direcciones de las Escuelas, hacer elecciones, los alumnos estaban pidiendo derecho a voto y lo obtuvimos. De hecho, un compañero nuestro que estaba haciendo su práctica, conoció a doña Lucía Sepúlveda¹ y la invitó a la Universidad, para hacer una presentación por un concurso para la cátedra de medicina social. Más tarde, hubo una elección para una nueva Dirección de escuela y ella ganó, gracias a la votación masiva de los estudiantes, a pesar de que nuestro voto tenía un peso menor que el de los docentes.

Este cambio proponía la incorporación activa de estudiantes a los procesos de formación, la Reforma Universitaria y la propia reconceptualización del Trabajo Social. La mayoría de los estudiantes y profesores estábamos por todas estas transformaciones, pero había

también muchos compañeros y profesores que estaban en contra de eso. Entonces, esa polarización se liga también con el momento del golpe de Estado, cuando nos exoneran, y esas mismas personas fueron las que “nos dieron el guadañazo” a varios². Pero, mira, nosotros queríamos hacer una revolución y en la revolución se gana o se pierde. Nosotros perdimos por distintas razones.

¿Estabas consciente de las implicancias y los riesgos de este periodo?

Creo que fuimos muy voluntaristas. Nosotros estábamos convencidos que el proceso político iba creciendo hacia una revolución socialista que nadie podía parar, y fuimos muy ingenuos también en pensar que Chile era un país de historia “republicana y democrática”. En Chile “no va a pasar nada.” Veíamos lo que pasaba en Brasil, Bolivia y Argentina, con los golpes de Estado, y pensábamos que a Chile “no va a llegar”. Creo que cometimos errores de voluntarismo, de ingenuidad, de no medir las consecuencias (...). Era como un enano desafiando a un gigante. Y eso es lo que nos pasó, porque el día 11 de septiembre estábamos con un grupo de compañeros en los 1 Quien llegaría a ser la directora de la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile en 1973. 2 Expresión para indicar que se da un golpe final con la “guadaña”.

centros de trabajo, esperando las instrucciones que se emitían por las radios, especialmente en la radio Balmaceda, que era la radio del Partido Comunista.

El día del golpe de Estado estábamos esperando instrucciones en la calle Condell 321, que era la casa donde estaba la escuela, y de pronto escuchamos pasar los aviones, nos subimos a la terraza y vimos el bombardeo de la Moneda. Fue terrible, y en ese momento nos dimos cuenta de con quién queríamos pelear. Desde antes teníamos una serie de instrucciones de qué hacer en caso de golpe de Estado, qué medidas había que tomar, dónde ir y cómo cuidarse, en caso de tener que pasar a la clandestinidad. El partido comunista pasó inmediatamente a la clandestinidad y nosotros nos quedamos ahí esperando las instrucciones. Instrucciones que nunca llegaron. Y llegó el momento en que el toque de queda empezaba como a las tres de la tarde y nos preguntamos: “¿Qué hacemos?” y la consigna fue: cuídense y váyanse a sus casas.

Cómo fueron los días después del golpe?

Ese día me fui sin nada. Después, como a las dos o tres semanas, nos permitieron entrar a las oficinas, nos dieron una hora de permiso para entrar y sacar nuestras cosas. En ese

momento no saqué ni un libro, porque pensaba que cualquier cosa me podía delatar. Ese día, cuando entré, toda mi oficina estaba patas para arriba y encima del escritorio todos mis libros en una pila (...). Fue un proceso muy difícil porque la primera semana después del golpe todavía estaba muy bullente el espíritu revolucionario, de que había que prepararse, entonces, era cosa de esperar..., porque en algún momento había que ir a apoyar eso (...). Pero, después viene el desencanto de “ya no”, y vino un proceso bastante triste, pero idealizado, que era como reconectarse con gente que lo estaba pasando mal y que uno conocía. Me tocó en muchas ocasiones visitar antiguos camaradas que estaban peor que yo, para contenerlos, darles o compartir apoyos, o simplemente verse, porque quedamos solos.

En ese momento, yo tenía tres pilares fundamentales: 1) mi esposa y mi hija, que estaba recién nacida; 2) La universidad, la docencia; y 3) el Partido. Primero, me quitaron la universidad, me quitaron la docencia; y después me quedé sin Partido. Sin embargo, durante un tiempo algunos seguimos contactando con gente en acciones de apoyo, tratando de buscar alternativas, bien clandestinamente. Una de ellas era irme al exilio, pero yo no quería irme, porque sentía que mi esposa y mi hija no tenían por qué pagar ese costo, ya que no estaba claro si podríamos volver. Quedarme no fue una decisión solo personal, sino que una orden de mi Partido. Y lo acepté por las razones que he comentado.

Pero después, muchos de mis referentes, expartidarios, se fueron, otros murieron, desaparecieron, y me quedé solo. De pronto, me miré a mí mismo, y estaba en una situación de soledad absoluta, sin la universidad, sin mi Partido, aferrado solamente a la protección de mi familia. De estos procesos se ha hablado poco, ya que al inicio seguíamos con la adrenalina, y luego comenzó el estupor, cuando comenzamos a darnos cuenta de lo que estaba pasando. El miedo, pánico a veces, la pobreza.

¿Cómo fue tu salida de la Universidad?

Fue complejo, porque en ese periodo se sumó el estupor de un país donde se violaban los derechos humanos y se mataba a la gente. Esas cuestiones no son historias, son reales, yo vi mucha gente muerta y afectó a muchos de los colegas y estudiantes de Servicio Social.

A los profesores nos exoneraron en noviembre de 1973, pero en la Universidad hicieron válida la renuncia en marzo, es decir durante cuatro meses tuve el sueldo de profesor

de jornada completa. Pero desde marzo del 74 se terminó todo. Y por una cuestión de combatir mi propia pobreza yo me transformé en comerciante. Y elegí el más humilde de los oficios, vendedor, yo vendí pescado en la calle. Yo salía a las 5:50 de la mañana y compraba las cosas que iba a vender, luego las vendía, en el barrio donde me fui a vivir después, porque me tuve que mudar de casa. También fui pintor de brocha gorda, albañil, trabajé en todo lo que se podía. Entonces, hay otros fenómenos, también dolorosos, porque el estupor, el miedo, el pánico, a veces era una cosa propia, personal, individual; pero también fue doloroso cuando te dabas cuenta de que algunas personas te rehuían, dejaban de saludarte, incluso ex compañeras o compañeros se hacían a un lado, como si uno tuviera lepra.

Entiendo que estabas en una posición muy compleja

Muchos estudiantes empezaron a visitarme, me decían “profe, juntémonos, hablemos del servicio social”. Como estaban prohibidas las reuniones, nos juntábamos en grupos pequeños, de cuatro o cinco para poder conversar, contener, poder hacer algo de duelo por los colegas que mataron, desaparecieron e incluso se suicidaron, ya que había que apoyar a quienes estaban peor. En ese momento, no tenía las herramientas de apoyo que luego tuve cuando me dediqué a la psiquiatría. Esos son algunos dolores vividos en ese periodo, donde me quedé sin universidad, sin Partido y en el que mi único refugio fue mi familia. En ese momento, viví una reconversión y me dije “no, yo aquí me dedico solamente a mi familia y a mí mismo”. Como siempre me gustó estudiar, decidí hacer mi vida de esta forma.

Al momento del golpe de Estado tenía 26 años, era una persona joven con una familia y prontamente me di cuenta que la dictadura sería larga. Tuve que cambiar irme lo que era mi proyecto inicial. Me tracé como propósito fundamental la protección de mi familia, eso implicaba trabajar en lo que viniera para subsistir, y que a mi hija no le faltara nada, ya que en ese periodo vivimos una pobreza muy fuerte. De hecho, estuve cesante como 4 años y ese fue el periodo más oscuro de todos, porque había una crisis política, económica y social enorme y me interesaba mucho que mi esposa pudiera seguir estudiando.

Una amiga nuestra, egresada de la Escuela Alejandro del Río, y que trabajaba en el Sanatorio El Peral, me invitó a hacer su reemplazo prenatal, a partir de lo cual me contrataron y comenzó mi trabajo como terapeuta. Estuve trabajando 7 años en Psiquiatría, primero en el hospital El Peral, y luego, en una clínica privada, después de obtener una beca del Consejo Británico, para hacer una pasantía de especialización en Inglaterra.

A propósito de lo que comentas de tu esposa ¿Cuéntame, cómo vivieron este proceso las y los estudiantes de Servicio Social?

Mi esposa estaba cursando la carrera. Ella había estudiado psicología antes, le habían convalidado algunos ramos, así que tenía asignaturas de distintos años. Lo primero que sucedió es que inmediatamente, tras el golpe de Estado, se cerró la Universidad. La Universidad de Chile dejó de funcionar, pagaban los sueldos en lugares que no eran los lugares habituales, y no se sabía cómo seguir, y así fue como todo un semestre, hasta fines de 1973.

Al año siguiente, en 1974, se reabrieron algunas Escuelas, entre ellas, se reabrió la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, pero ya no en la calle Condell, sino que en las dependencias del Pedagógico, al alero de la Facultad de Ciencias Sociales. Mi esposa terminó la carrera en la Universidad de Chile. De hecho, tuvo que hacer algunas prácticas en plena dictadura, eso significa que tiene que haber pasado por lo menos 2 años y medio en la Universidad de Chile. Por lo tanto, el cierre de la escuela yo no lo viví y ella tampoco, directamente.

Yo creo que lo que pasó es que no hubo ingreso de nuevos estudiantes, y por las razones que sea trataron de sacar toda esta camada de estudiantes que estaban ahí, pero no hubo nuevo ingreso hasta que la escuela de Servicio Social, ya transformada, aparece en el IPS (Instituto Profesional de Santiago). Eso fue después de la reforma que la dictadura hizo en la educación superior.

La Escuela de Servicio Social tiene que haber sido, para los golpistas y para la derecha, una piedra en el zapato, porque era una Escuela muy rebelde, tenía mucha conciencia social y mucha conciencia política. Producto de eso es que hubo muchos ex compañeros asesinados o detenidos desaparecidos. Ellos hacían ejercicio de un Trabajo Social revolucionario, vivían en las poblaciones, tenían una visión muy transformadora, y entonces para la universidad, “esa universidad”, era un problema.

¿Cuándo volviste a trabajar como profesor en la Universidad?

Yo aproveché ese periodo de trabajo en psiquiatría para estudiar mucho y formarme. En 1985 concursé para un cargo en Gendarmería, donde estuve trabajando por 21 años. Entretanto, seguí estudiando y especializando en criminología. Pero, en 1989, sentí que podía volver por mis propios medios a la Universidad, porque tenía ganas de hacer docencia.

No fue fácil regresar, intenté primero en el IPS y no me fue bien, luego, fui al Instituto Profesional del Pacífico y pedí una entrevista con el director de la escuela. Y así empecé a hacer clases nuevamente. En paralelo trabajaba y seguí estudiando. Primero hice un diplomado, después un magíster en la USACH (Universidad de Santiago de Chile), donde quedé haciendo clases por algunos años. Más adelante, empecé a dar un electivo de criminología en la Universidad Católica, curso que mantuve y dicté en varios lugares por 14 años. Poco a poco sumé otras asignaturas, como metodología de grupo, ética y planificación. Eso fue hasta el año 2004, ya que en el año 2005 me jubilé de Gendarmería y me puse a estudiar nuevamente.

Desde hace 10 años, he estado dando clases de ética profesional, metodologías de trabajo social con grupos y talleres de Acercamiento a la Realidad Social, en la UTEM (Universidad Tecnológica Metropolitana). Me fascinan estas materias. Además, me encanta hacerles clases a los alumnos de primer año. Es como amasar arcilla fresca y yo he trabajado con arcilla.

Sé que algunos se preguntarán por qué sigo haciendo clases, si ya estoy jubilado. Para mí hay dos razones por las cuales sigo haciendo clases. La primera, es porque me gusta, lo disfruto, me encanta. Y la segunda, es porque yo siento que estoy cumpliendo un compromiso moral que adquirí cuando estudié, porque yo no pagué un peso por estudiar en la Universidad de Chile, la educación era gratuita. Entonces, cuando me invitaron a la UTEM, me dije, “es mi deber... “Es mi deber devolverle a la sociedad lo que la sociedad me dio”. Por esto, siento que estar cumpliendo un compromiso moral con mi sociedad.

Algo que nos quieras aportar en el cierre de esta entrevista

Yo soy un trabajador social a la antigua. Operativo, aunque a los trabajadores sociales críticos les carga que uno diga que es operativo. Pero yo soy operativo, en el sentido de que yo trabajé directamente con los pacientes psiquiátricos y las familias, con los presos y sus familias. Tuve una trayectoria larga, y miro para atrás y digo “bueno, después de todo no lo hice mal”. Hice mi vida, hice mi profesión, la sigo haciendo y, aquí estoy (“cantando al sol como la cigarra, después de cuatro años años bajo la tierra”)

Biografía Juan Tito Méndez (entrevistado): Asistente social de la Universidad de Chile, fue profesor de la Escuela de Servicio Social de esa casa de estudios hasta 1973, cuenta con numerosas especializaciones y una larga trayectoria en gestión pública en temas de salud mental y servicios penitenciarios. Actualmente es profesor de Escuela de Trabajo Social de la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM). Correo electrónico: juantitomendez@gmail.com

Biografía Gabriela Rubilar Donoso (entrevistadora): Profesora Titular de la Universidad de Chile, actualmente, es académica del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales, vinculada al Núcleo de Estudios Interdisciplinarios en Trabajo Social. Correo electrónico: grubilar@uchile.cl ORCID <https://orcid.org/0000-0002-4635-9380>

